

Quien quiere mucho menosprecia mucho.
Perdóneme la púrpura romana,
la dignidad suprema y su capelo,
que mi sayal estimo y no su grana.

PRÍNCIPE.

Paréceme que te has entristecido
de lo que era razón que te alegrases.
¿No me respondes? ¿Tú el color perdido?

CÉSARO.

No te espantes, señor: mudo he quedado
cuando me ofreces el honroso oficio
del cargo sacro que gozar no puedo.

PRÍNCIPE.

¡Cómo que no puedes! ¿Quién te inhabilita,
que no puedes gozalle?

CÉSARO.

Estoy casado.

PRÍNCIPE.

¿Casado? ¡Local mi paciencia irrita
á justo enojo. ¡Ah, desdichado viejol

CÉSARO.

No aguarda amor licencia ni consejo.

PRÍNCIPE.

¿Quién es tu infame esposa?

CÉSARO.

No es infame
la esposa de tu hijo, ni ahora puedo
declararte quién es.

PRÍNCIPE.

¡Que no derrame
tu sangre vill! ¿Quién es, Decio, responde,
esa mujer?

DECIO.

Tan ignorante en eso
estoy, que no sé quién, cómo, ni adónde:
no privo yo tanto que me cuenta
de su amor; otros pajes tiene,
ellos te lo dirán.

PRÍNCIPE.

¿Hay tal afrenta?
¿Pareceráte bien que vuelva á Roma
el capelo que el papa te ha enviado,
cuando con tanto amor tus cosas toma?

CÉSARO.

Sobrinos tienes, deudos y parientes;
pide para uno de ellos el capelo,
que en mí hallarás un mar de inconvenientes.

PRÍNCIPE.

¿Quién es esa mujer?

CÉSARO.

No he de decillo.

PRÍNCIPE.

Ponelde en el castillo de Fabriano,
veremos si lo dice en el castillo.
De guarda estén cien hombres.

CÉSARO.

Aunque aplican
prisiones, poco importa, que en la ausencia
las almas, con amor, se comunican.

PRÍNCIPE.

Llevalde.

CÉSARO. (Aparte.)

Todo por Sabina es poco.
(Llevan a César.)

ESCENA VII

El PRÍNCIPE FABRIANO Y DECIO.

PRÍNCIPE.

No saldrás en tu vida; tu verdugo
seré en lugar de padre, infame loco.
Decio, tú sabes esto.

DECIO.

Ruego al cielo,
señor, si sé tal cosa.

PRÍNCIPE. (Llama.)

¡Holal traedme
aquí un verdugo.

DECIO.

De tu inclemencia apelo.

PRÍNCIPE.

Sacad un potro aquí.

DECIO.

Dómele otro.
No le saquen, señor, que aunque estudiante,
no quiero que me den el grado en potro.
La verdad cantaré, yo seré gallo.

PRÍNCIPE.

Acaba, pues.

DECIO.

Estése el potro dentro,
que no sé andar en potro ni á caballo.
Césaró habrá tres años que, perdido
por una serraneja de Montalto,
le dió palabra y mano de marido.
Tan pobre es, que su hermana es lavandera
de los frailes franciscos que aquí habitan,
y Césaró la adora de manera
que, sin mirar que es hija de un villano,
el más humilde y pobre de esta sierra,
la jura hacer Princesa de Fabriano.
Cada mercado viene aquí cargada
de baratijas, y cargada vuelve,
porque pienso, señor, que está preñada.
Aquesto es lo que sé, que no hay secreto
que el relincho de un potro no descubra:
ella, en fin, es Sabina y él Pereto.

PRÍNCIPE.

No ha de quedar en todo el vil Montalto
casa, pajiza, encina, piedra ó roble
que el fuego y mi venganza no dé asalto.
Yo en persona he de hacer esta venganza.
¿De una villana Césaró marido?
No logrará su vana esperanza.

DECIO.

Canté por Dios: un potro el arpa ha sido.
(Vanse.)

ESCENA VIII

Salen ASCANIO COLONA Y MARCELO, de camino.

ASCANIO. ¿Y á qué vais, señor, á Roma?

MARCEL. A su Santidad me envía
Venecia y su señoría;
que el ver cuán á pechos toma
esta santa guerra y liga,
ha obligado su tesoro,
con una tiara de oro
y piedras con que bendiga
el estandarte, le ofrece.

ASCANIO. La potencia veneciana
de liberal y cristiana
el primer nombre merece.

MARCEL. A sesenta mil ducados
ha llegado.

ASCANIO. ¡Hermosa pieza;
y digna de la cabeza
de un Pio Quinto!

MARCEL. Convocados
los generales están,
de aquesta Liga, el romano
por la iglesia, el veneciano
y el Félix de Austria don Juan,
hijo del flamenco Marte
y cabeza de la Liga.
Quieren que el Papa bendiga
el católico estandarte,
donde las armas han puesto
de la iglesia soberana,
del rey, y la veneciana
señoría, y para esto
me envían con la tiara
que os he dicho.

ASCANIO. De ese modo
vamos juntos, que yo y todo
voy á Roma, y me pesara
no hallarme en esta ocasión
en ella, porque es mi tío
el capitán á quien Pio
da de la iglesia el bastón:
hame impetrado un capelo
del Papa.

MARCEL. Y en vos está
bien empleado.

ASCANIO. Será
para serviros.

ESCENA IX

Dichos y sale SIXTO.

SIXTO. ¡Que el cielo,
cuando más honra me trata
en la vulgar opinión,
por la vil persecución
de la envidia así me abata!
Huyendo de su malicia
vengo al sacro tribunal
del juez pontifical,

que sólo de su justicia
espero lo que me niega
la envidia en mi religión.
Mas, válgame Dios, ¿quién son
aquestos?

MARCEL. Un fraile llega
de camino y á pie?

ASCANIO. Padre,

¿adónde solo y á pie?
SIXTO. Adonde el cielo me dé
defensa. A Roma, que es madre
de perseguidos.

ASCANIO. ¿Qué veo?

¿no sois vos fray Félix?

SIXTO. Félix fui, ya soy infelix,
señor Ascanio.

ASCANIO. El deseo
de veros se me ha cumplido;
mas no de veros así.
Veis, señor Marcelo, aquí
el que á Italia ha enriquecido
de letras, el que en el mundo
coluna de ciencias fuera
cual la de Set, si viniera
otro diluvio segundo.
Es este el fray Félix Pereto.

MARCEL. ¿El de Montalto?

ASCANIO. El que asombra.
MARCEL. El Monstruo, Italia, le nombra
de letras.

ASCANIO. Esto, os prometo.

MARCEL. ¿Pues cómo venis así,
honra de nuestra nación?

SIXTO. Háceme contradicción
la envidia, por ver en mí
humildad en el linaje,
letras en la juventud,
premio y honra en la virtud,
y llaneza en el lenguaje.
Hanme hecho predicador
del Papa, y llévalo mal,
señores, mi general.
Huyo en fin de su rigor,
porque ha mandado prenderme,
y por desacreditarme,
al Papa envía acusarme,
y yo, queriendo valerme
de mi justicia, he venido
huyendo hasta la montaña.

MARCEL. ¡Oh, bien gobernada España;
donde la Observancia ha sido
la que, echando á la Claustral
tiene en ella firme asiento!
Sabe el cielo lo que siento
que os trate vuestra Orden mal;
pero no fuera señor
José de Egipto y su tierra
á no hacelle tanta guerra
la envidia. Mostrad valor,
que á Roma vamos los dos,
y con nosotros podéis
ir seguros, si queréis.

SIXTO. Páguenos tanta merced Dios.

ASCANIO. Ya el Papa tendrá noticia
de quien sois; pero, si fuere
necesario y os pidiere
cuenta de vuestra justicia,

- SIXTO. yo os abonaré.
De mi voy satisfecho, señor; no he menester protector, mi inocencia hable por mí.
- ASCANIO. Ya yo sé que la tenéis en toda Italia abonada.
(Sale Julio, criado.)
- JULIO. La cena está aderezada.
- MARCEL. Venid y descansaréis; que luego caminaremos.
- ASCANIO. Vamos, veréis la tiara.
- SIXTO. Virtud, tu valor me ampara, por más que andes por extremos.
(Éntranse, sino es Julio, que saca una tiara.)

ESCENA X

JULIO.

¡Oh, hética inagotable de la codicia de Midas! oro gastan tus comidas, tu sed bebe oro potable. De oro vistes tu avaricia, de oro buscas tu amistad y oro ha puesto mi lealtad en tus manos, vil codicia. La tiara que Venecia ha entregado á mi señor para el Romano Pastor, hurtó mi codicia necia. Con sesenta mil ducados que valéis ¿qué lealtad podrá con seguridad librar de vos sus cuidados? Entre estas piedras que son las más ocultas os dejo escondida, y yo me alejo; con vos queda el corazón. Quiero volver donde pueda no dar sospecha, y después que en vano busquen quien es el ladrón que en vos se queda, tornaré, que aunque es vileza, esta no la puede haber como el haber menester, pues siempre es vil la pobreza.
(Escóndela entre unas piedras y vase.)

ESCENA XI

Sale SIXTO.

Mientras duerme quien me ampara, montañas, cuya aspereza tengo por naturaleza, oid en lo que repara del mundo la suerte avara; porque entre el tosco sayal nace la invidia mortal y me causa esta inquietud; que hasta la misma virtud quieren que sea principal. ¿Qué diferencia el cielo hace, (decid, encinas y robles) entre villanos y nobles,

que tanto los satisface? Llorando uno y otro nace, y con las mismas señales, cayados y cetrós reales, lloran también al salir: que en el nacer y morir unos y otros son iguales. No abate al roble la palma por ser sus frutos mejores, que las dotes que hay mayores son sólo dotes del alma. Con ellos mi dicha calma, por faltarme los pequeños, de quien son otros dueños: peñas, razón de esto os pido; dádmela, aunque esté dormido, si puede habella entre sueños.

(Duérmese sobre las peñas donde está escondida la tiara. Aparécete Roma en lo alto con unas llaves en la una mano, y en la otra una espada desnuda.)

- ROMA. Félix, ¿qué descuido es ese? Tiempo es de velar, despierta; que el que ha de ser mi pastor no es bien que descanse y duerma.
(Entre sueños.)
- SIXTO. ¿Quién eres, doncella hermosa, que tus palabras me inquietan el alma?
- ROMA. Roma, del mundo y de la Iglesia cabeza.
- SIXTO. ¿Pues qué me quieres?
- ROMA. Armarte, para que en los hombros tengas la carga honrosa y pesada de la militante Iglesia. El Santo Papa Pio Quinto, en cuyo favor esperan Austria y España en Lepanto vencer las lunas turquescas, con un capelo te aguarda; y después que las ovejas del católico rebaño seis años rija, y suceda en su santidad y silla Gregorio, de fama eterna, para consagrar tus sienes mis tres coronas te esperan por un lustro con que ilustres á Italia, que está en tinieblas. No te vencerá la envidia de tus émulos, ni temas sus vanas persecuciones, pues porque mejor las vengas dos llaves te ofrece el cielo; pero, porque las poseas en seguridad, te da aquesta espada con ellas. Cruel te llamará el vulgo, pero, á pesar de sus lenguas, advierte que no se alcanza á veces la paz sin guerra; usa, Félix, el rigor que esta espada blanca muestra, y gozarás de estas llaves.
(Cúbrense Roma. Despierta Sixto. Que- riendo levantarse, saca la tiara en la mano alborotado.)

- SIXTO. Oye, Roma, aguarda, espera; la tiara que me ofreces quiero ver dónde la llevas: dame, Roma, la tiara. ¡Válgame Dios! ¡qué quimeras aun durmiendo me persiguen! ¡Cielos! ¿qué tiara es ésta? ¿quién durmiendo me la ha puesto? Pero dentro de estas peñas cuando desperté la hallé. Si con señales tan ciertas, Roma, no gozo tu silla, nadie en pronósticos crea. ¡Oh, peso de todo el mundo, que, sin saber lo que pesas, tienes tantos deseosos, rica y noble en la apariencial! ¿qué mucho que peses tanto si te adornan tantas piedras? y ¿qué mucho que dé de ojos la cabeza que te lleva? ¡Válgame el cielo! ¿quién pudo ocultar tanta riqueza en estos toscos peñascos? Pero ¿qué voces son estas?

ESCENA XII

Salen ASCANIO, MARCELO y JULIO alborotados.

- MARCEL. Todos los de la posada y el huésped con ellos prendan, que tal insulto merece como es la culpa la pena.
- ASCANIO. ¿Hay igual atrevimiento? ¡La tiara que Venecia envía al Papa, robada!
- JULIO. *(Aparte.)* Encubrid mi insulto, peñas.
- MARCEL. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo? ¡la tiara no es aquella la misma?
- ASCANIO. ¡Jesús! Fray Félix, ¿vos la hurtasteis? No creyera tal cosa jamás. ¡Jesús!
- MARCEL. No me espanto de que os tengan, padre, en tan mala opinión, pues que vuestras obras muestran las malas inclinaciones que á los de vuestra orden fuerzan á perseguiros así.
- SIXTO. Pues yo...
- ASCANIO. ¿Aún no tenéis vergüenza de hablar aquí? No hay disculpa.
- MARCEL. Vaya á Roma, porque en ella se castigue este delito como merece.
- ASCANIO. ¿A bajeza, se inclina un hombre cual vos, semejante? Mal se emplean las letras que os dan tal fama.
- JULIO. *(Ap.)* De mis desgracias las medias ahorro, ya que perdí, por mi poca diligencia, tal joya, pues mi codicia con mi infamia está encubierta.
- ASCANIO. Por lo bien que os he querido, padre, y por la reverencia

del hábito que traéis, de quien dais tan mala cuenta, haré que no os lleven preso á Roma, que me avergüenza el ver á un fraile ladrón. Escuchad, señor.

- SIXTO. ¿Que aún lengua
- MARCEL. tengáis para disculparos de tal! ¡De que á tal bajeza la de su bajo linaje le inclina!

(Vanse.)

ESCENA XIII

SIXTO.

¡Cielos, paciencia! ¿Qué enredos, qué confusión rendir mi paciencia intenta? ¿Qué borrasca, qué tormenta derriba así mi opinión? ¿Ya me tienen por ladrón, cuando me juzgo por dueño de Roma? ¡Por tan pequeño gusto, afrentas, cielos, tales! Despierto me dais los males, y los bienes cuando sueño. ¡Ay de mí, cómo ha salido el vil pronóstico cierto! Ya experimento despierto lo que me engañó durmiendo. Las tres coronas han sido aquestas que mis quimeras creyó gozar verdaderas. ¡Ay, desdichada ambición! ¡de burlas mis dichas son, y mis desdichas de veras!

ESCENA XIV

SIXTO. Salen CHAMOSO, CRENUDO y PERETO, llorando.

- CRENUDO. Ya el llanto, Pereto, en vano vuestra honrada vejez baña.
- CHAMOSO. No ha sido, por cierto, hazaña del príncipe Fabriano el quemar la pobre hacienda que el cielo en Montalto os dió; pero ya que os la quemó, dando á su cólera rienda, en mi casa viviréis, y la mía, aunque es escasa, será vuesa.
- PERETO. No es mi casa quien causa el llanto que veis; que, aunque de ella vivo falto, la vejez que me hace guerra casa debajo la tierra pide, y no sobre Montalto. Mi honra lloro perdida, y á Sabina que la dió á quien tan mal la empleó.
- SIXTO. ¡Padre!
- PERETO. ¡Hijo de mi vida!
- SIXTO. ¿Tú aquí?
- SIXTO. Y vos dando á los ojos llanto que mis penas fragua.

- PERETO. ¡Ay, Félix! no basta el agua que derraman mis enojos para que la mancha lave de nuestro honor.
- SIXTO. ¡Ay de mí Padre mio, ¿cómo así?
- PERETO. Sabina, tu hermana, sabe el cómo á Césaró ha dado la joya de más valor que heredó de nuestro honor. Su padre, el Príncipe, airado, porque su mujer la llama, dicen que le tiene preso, y en venganza de este exceso que dice ofende su fama, fuego á mi casa pajiza ha puesto, cuyas alhajas por ser los techos de pajas se han convertido en ceniza. Pero no siento esto tanto como mi perdido honor y que quite de este error fruto que aumente mi llanto. Félix, Sabina está preñada.
- SIXTO. Eso, sí, fortuna: vengan desdichas, que alguna la vida me acabará. ¡Ah, males con que acrisolo mi paciencial Derrivad juntos mi felicidad; que nunca un mal viene solo. Padre, ni el honor perdido, ni la hacienda siento tanto como ese honrado llanto que el alma me ha enternecido. ¡Ay, padre! quién padeciera cuantas penas puede haber para que del padecer ninguna parte os cupiera! No pequeñas me han cabido: infamado de ladrón estoy, y mi religión de su gremio me ha expelido. Pero aunque tanta venganza á la invidia doy, no intento, porque crezca el pensamiento, que desmaye la esperanza; que si el cielo solicita contra mi desdichas tales y, con un tropel de males, todos los bienes me quita, sin ellos mi dicha pruebo, que, pues por tan varios modos, Dios me desnuda de todos, es por vestirme de nuevo. Yo voy á Roma; allí tengo al cardenal protector, y de su ayuda y favor mi felicidad prevengo. Entretanto, padre mio, podréis con Chamoso estar; que de nadie oso fiar lo que de su amistad fio.

1 Verso incompleto en los originales.

- Chamoso por mi respeto mirará, padre, por vos.
- CHAMOSO. Por cualquiera de los dos, que es muy honrado Pereto. Mas ya que á Roma partís, ¿vais á pie?
- SIXTO. No tengo en qué, y es fuerza que vaya á pie.
- CHAMOSO. No hardís, pues eso decís; que os prestaré un cuartago que el miércoles os pondrá dentro en Roma.
- SIXTO. ¿Quién podrá pagarlo?
- CHAMOSO. No quiero pago.
- SIXTO. Dame, mi padre, tu mano.
- PERETO. Pague tu obediencia el cielo, que con verte me consuelo: mas sin honor todo es vano.
- SIXTO. Estos trabajos celebran mi nueva felicidad; que la virtud y verdad adelgazan, mas no quiebran. (Vanse.)

ESCENA XV

Entra Pío QUINTO, RODULFO, un fraile francisco y otro. Siéntase EL PAPA.

EL PAPA.

Ya yo tengo noticia de las partes que aqueste religioso; que fray Félix tiene fama y renombre en varias partes. También la envidia sé que le hace odioso con su Orden, y estimole por eso, que siempre es envidiado el virtuoso. Si el general por eso le aborrece y le acusáis vosotros, yo le alabo, que la virtud más perseguida crece.

FRAILE 1.º

Beatísimo Padre, en esta carta que nuestro Padre General escribe á vuestra Santidad hay materia harta para que eche de ver cuán virtuoso es fray Félix al mundo, y su justicia dar ayuda y favor á un sospechoso en la fe.

RODULFO.

Si no hubiera más sospecha en vuestra acusación que en el hábito 1, quedara esa malicia satisfecha.

EL PAPA.

Cosas de fe aun en duda es bien veillas, que aun la fama no más deslustra un hombre.

RODULFO.

¡Ah, envidial! ¡qué de honores atropellás!

EL PAPA.

Vos la leed, que de un ingenio grande se puede sospechar cualquier desgracia.

1 Así en los textos; pero el pasaje esta viciado.

- RODULFO.
Que á tal maldad la envidia se desmande! Mas aunque más su fuego y rabia atice la verdad vencerá por flaca que ande. Así la carta, Padre Santo, dice:
(Lee.) «El maestro fray Félix Pereto, por católico celoso de nuestra Santa Fe, y el más docto de nuestra Religión, merece que vuestra Santidad le premie en el cargo de Inquisidor de Venecia, que está ahora vacante, y en confirmación de esta verdad lo firmamos yo y los infrascritos por testigos de su abono en esta Universidad de Fermo y Monasterio Claustral de San Francisco, á 26 de Octubre de 1550. — El maestro Abostra, indigno General de la Orden Claustral de San Francisco. — Fray Angelo de Monte. — Fray Silvestre Espigio.»

FRAILE 1.º (Muy sorprendido.)
Fray Angelo, decid, ¿yo he firmado tal cosa?

FRAILE 2.º

¿Yo en su abono eché mi firma?

FRAILE 1.º

¿El Padre General escribió eso?

EL PAPA.

¿Son aquestos los cargos que deponen de fray Félix, decid? Vuestra vergüenza os sirva de castigo por ahora.

RODULFO.

No quepo de contento.

FRAILE 2.º

¡Oh, envidia necia!

EL PAPA.

Inquisidor le nombro de Venecia.

ESCENA XVI

Dichos. Sale SIXTO.

- SIXTO. Gracias al cielo, que puedo pisaros, palacios sacros, y en miércoles, que es mi día, venturoso fin aguardo. Pero ¿estoy en mí? ¿qué es esto? Inadvertido me he entrado hasta la presencia misma del universal Prelado. Pon, santísimo Pastor, en mi boca ese pie santo, dos veces por el oficio y por el dueño sagrado.
- EL PAPA. Levantáos, hijo, ¿quién sois?
- RODULFO. ¡Cielos! al colmo llegaron las venturas de fray Félix. El que te adora postrado es el que su Orden persigue.
- EL PAPA. A buen tiempo habéis llegado. Huélgome de conoceros; indicios he visto claros de vuestro divino ingenio en vuestro semblante sabio.

- Vuestro General es muerto. ¡Válgame el cielo!
- SIXTO. En vos hallo partes dignas de ocupar fray Félix, tan digno cargo. Por Vicario General en lugar suyo os señalo. Son mis fuerzas...
- EL PAPA. De esto gusto.
- SIXTO. En tus pies pongo mis labios.
- FRAILE 1.º ¿Qué dice, padre, de aquesto?
- FRAILE 2.º Que hemos muy bien negociado. ¿Quién le dijo que era muerto el General?
- FRAILE 1.º Si es un santo, Dios, padre, se lo habrá dicho.
- EL PAPA. También, fray Félix, os hago Inquisidor de Venecia.
- SIXTO. Tanto bien...
- RODULFO. Gocéis mil años el oficio.
- SIXTO. Todo viene, Rodulfo, por vuestra mano.
- FRAILE 1.º (A Sixto.) Dadnos á besar la vuestra como á súbditos.
- SIXTO. Los brazos os doy, olvidando, padres, vuestra envidia y mis agravios.

ESCENA XVII

Dichos. Salen ASCANTO y MARCELÓ, y sacan en una fuente la tiara.

- MARCEL. Gran sucesor de San Pedro: el Senado veneciano esta tiara os presenta, porque el estandarte santo de la Liga bendigáis con ella.
- EL PAPA. Muestra el Senado de su cristiandad el celo.
- RODULFO. ¡Gran joyal!
- FRAILE 1.º ¡Presente raro!
- EL PAPA. Mostrad.
(Vásele á dar y tropieza, y da la tiara en las manos de Sixto.)
- SIXTO. ¡Válgaos Dios! Tened, que la que ha de estar en alto de la cabeza del Papa no es razón que caiga abajo.
- EL PAPA. No hará, fray Félix, que vos la tenéis, y en vuestras manos mi tiara está segura.
- SIXTO. Ap.) ¡Válgame Dios! ¡qué presagios tan grandes mi pecho inquietan!
- ASCANTO. Padre, el cielo os da su amparo, y vuelve por la virtud que os da fama y nombre claro. Ya supimos quien hurtó esta tiara y cuán falso fué nuestro loco juicio: él queda ya castigado, y á vos perdón os pedimos.
- SIXTO. Con él os doy estos brazos. Cielos, dichoso fin tienen mis rigurosos trabajos;

los de mi padre volved
en gusto.

EL PAPA. A bendecir vamos
el católico estandarte
de la Liga. En vuestras manos
dió, fray Félix, mi tiara;
traelda, que os he cobrado
tanta afición que he de haceros
mucho favor.

SIXTO. Tus pies sacros
beso mil veces humilde.
(Ap.) Miércoles, siempre me ha dado
en tí el cielo buena suerte.)

FRAIL. 2.º ¡Gran dicha!

MARCEL. ¡Suceso extraño!

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Salen ALEJANDRO y PERETO.

ALEJAN. La mano César ha dado
de esposo á Octavia Colona:
ya se ilustra su persona,
asegurando el cuidado
de su padre, que hasta ahora
le ha tenido en una torre.
Pues una vejez socorre,
y una pobre labradora
pierde poco en ser gozada
de un Príncipe, no os aflija,
buen viejo, el ver vuestra hija
de esa esperanza burlada;
que el nieto que el cielo os dió,
como hijo natural
de César, del sayal,
que en vuestra casa heredó,
pasará á la ilustre seda,
y os honraréis, en efeto,
con un caballero nieto
que á pique de heredar queda
el estado de Fabriano,
porque Julio, que heredaba
al Príncipe, ahora acaba
de morir; siendo su hermano,
César, tan venturoso,
que en el estado sucede.

PERETO. Cuando por Príncipe quede
César y de Octavia esposo,
no quedará muy honrado,
y su nobleza celebra
con las palabras que quiebra
quien su valor ha quebrado.
Gózense, vivan los dos
en el fruto de su hazaña;
que si una mujer engaña,
no podrá engañar á Dios,
que es juez y testigo santo
de que es sola su mujer
mi Sabina.

ALEJAN. Podrá ser
si porfiáis, padre, tanto,
que irritando la paciencia

del Príncipe mi señor,
efectos de su rigor
os hagan tener paciencia.
El es quien aquí me envía
á que de su parte os ruegue,
sin que el interés os ciegue
de vuestra vana porfia,
que déis á Sabina estado
con algún serrano igual
á su sangre y natural;
que así quedaréis honrado,
y César, vuelto en sí,
viendo á Sabina casada,
podrá la palabra dada
cumplir á Octavia. Si así
lo hacéis, para remediaros
mil ducados os ofrece
el Príncipe: si os parece
hoy podéis determinaros.

PERETO. Decí al Príncipe, señor,
que si supiera el contento
que mi grosero sustento
y estado de labrador
me causó siempre, y lo poco
en que estimo los blasones,
noblezas y pretensiones
que llama honra el mundo loco,
yo quedara disculpado
y tuviera su grandeza
más envidia á mi pobreza
que yo á su soberbio estado.
Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pie mantiene;
que no es rico el que más tiene
sino el que ha menester menos.
Si Sabina me creyera,
ni el Príncipe se quejara,
ni nuestro estado sacara
de su humilde y pobre esfera.
Era mujer, y heredó
de la primera mujer
el ser fácil de creer;
pero pues que la engañó,
decid, que de qué provecho
dalla á otro esposo será,
ni quien deshacer podrá
lo que Dios y el cielo ha hecho.
Yo no le pienso ofender,
supuesto que sé por cierto,
por su palabra y concierto,
que es Sabina su mujer,
pues vivirá consolada,
por más que el vulgo la arguya,
con llamarse esposa suya;
aunque no perdiera nada
vuestro Príncipe, por cierto,
en juntar su sangre noble
con nuestra humilde, que al doble
es más sabroso el engerto
que junta la noble rama
al tronco áspero y grosero,
y amor, como es jardinero,
más estos engertos ama.
Pero no importa, decí,
que goce á Octavia mil años,
pues agravian sus engaños
la casa Colona así;

y los ducados que ofrece
no los hemos menester,
que no se usa aquí vender
las honras, ni me parece
que juzgará el vulgo necio
bien de nuestro honor, si intenta
ponelle al Príncipe en venta
y Sabina admite el precio;
que en la corte es cosa usada,
por más que el vulgo lo note,
el remediar con un dote
una mujer deshonrada.
Y si esto el mundo publica,
no es bien que esta fama cobre;
pues vale más la honra pobre
que la deshonra más rica.
Pesárame de que os venga
de aquea resolución
algún mal.

ALEJAN.

PERETO. En mi razón
mi inocencia amparo tenga:
no es la justicia cobarde
que me ha de amparar.

ALEJAN.

Recelo
algún mal, buen viejo. El cielo
os desengañe.

PERETO.

El os guarde.
(Vase Alejandro.)

ESCENA II

PERETO.

Acuérdome una vez haber oído
una fábula en que ejemplos toco,
notables de un ciprés, que en tiempo poco
hasta el cielo creció desvanecido.

Burlábase de un junco que, vencido,
su segura humildad juzgaba en poco;
mas con un viento recio el ciprés loco,
quedando el junco en pie, se vió abatido.

Su humilde estado y pobres ejercicios
estime mi Sabina, aunque haya hecho
burla el ciprés de su honra y hermosura;
que cuando en los soberbios edificios
abrsa el rayo el más dorado techo,
la más humilde choza está segura.

ESCENA III

PERETO. Sale SABINA.

SABINA. Arroyuelos que, entre arenas,
plata en guijas descubris,
pareciendo que os reis
porque lloro yo mis penas;
márgenes verdes y amenas
que al sol servís de cortina,
cuando en su agua cristalina
imita á Narciso hermoso,
decilde á mi preso esposo
lo que llora su Sabina.
Montes de crecidos talles
que los cielos asaltáis
y al ambicioso imitáis,
como al humilde los valles;
verdes é intrincadas calles,

por cuya sombra camina
el que ausente peregrina,
cual yo, sin gusto y reposo:
decilde á mi pobre esposo
lo que llora su Sabina.

PERETO. ¡Qué descuidada venis
cantando endechas al pradol
Llorad vuestro honor burlado,
hija, si agravios sentís.

SABINA.

PERETO.

Padre mío, ¿qué decís?
Que César, en vuestra afrenta,
ajenos brazos intenta,
y á olvidaros se ha dispuesto;
porque quien se cree de presto
presto también se arrepienta.
César á Octavia pretende
por esposa, que es su igual,
y el oro con el sayal
siempre se agravia y se ofende.
Comprar vuestro honor pretende,
para haceros más afrenta,
y cubrir con oro intenta
el hierro de vuestro amor:
mirad si es joya el honor
digna de ponerse en venta.

SABINA.

PERETO.

¡Ay, de mí!

Llorad las penas
de vuestras desgracias sumas,
pues vuestras groseras plumas
dejásteis por las ajenas.
Las del sayal eran buenas:
quien su natural violenta
bien es que su agravio sienta;
morir llorando os conviene,
porque en poco su honor tiene
á quien no mata una afrenta.

SABINA.

¡Cielos! ¡César casado!
No es posible, engaños son:
que es profeta el corazón,
y no le siento alterado.
Alto, amoroso cuidado,
buscad el modo mejor
como asegure mi honor
con mi esperanza afligida,
que corre riesgo la vida
en el potro del temor. (Vanse.)

ESCENA IV

Salen el PRÍNCIPE, MARCO ANTONIO y ALEJANDRO.

PRÍNCIPE. ¿Eso responde el villano?

ALEJAND. En eso se determina.

Esposa llama á Sabina
de César, y que es en vano,
dice, el que intenta vencer
con interés su firmeza,
que estima en más su pobreza
que tu valor y poder;
fuera de que ofenderá
á Dios si se determina
casar con otro á Sabina
si con tu hijo lo está:
esto responde.

M. ANT.

¡Que así
un rústico vil responda